

Una perspectiva desde el siglo XI: A la luz del Poema del Cid

Juan Antonio Marrero Cabrera

PRESENTACIÓN

La historia de Valencia no puede comprenderse enteramente sin glosar la figura del Cid Campeador. Cuando se quiere reducir la historia ancha y grande a parciales localismos, las figuras señeras no tienen cabida. Si la literatura y la historia de España se redujeran a gran parte de lo publicado en estas últimas décadas nos encontraríamos con amplias lagunas y vacíos. Pero las grandes obras permanecen como testigos mudos que no pueden borrarse y que algún día volverán a tener voz, cuando las aguas milenarias de la ciencia histórica vuelvan a su cauce. Cuando Clío, musa de la historia y de los héroes, pueda entonar con su lira la historia pura, narrada sin las intenciones pasajeras o políticas de los «mextureros», enredadores y falsarios, incultos tergiversadores de los hechos, que pululaban también entonces en tiempos del Poema.

Por esto consideramos especialmente oportuna la incorporación del recuerdo al Cid que Juan Antonio Marrero nos expone.

«EL QUE EN BUENA HORA CIÑÓ ESPADA»

Sigfrido, Roldán, el Cid... Rodrigo Díaz de Vivar, a quien la Historia recuerda como el Cid Campeador, es uno de los grandes héroes de la Literatura Universal.

Pocas veces, en el tiempo de la Humanidad, un personaje, un héroe, un paladín, ha quedado tan perfectamente reflejado en la Historia y en la Leyenda.

Una figura que encarna las más altas cualidades humanas hasta eclipsar su figura real. Un protagonista de Canción de Gesta que, mil años después, aún perdura en los corazones de sus gentes. Un héroe español que asocia en sus empresas a castellanos, asturianos, leoneses, gallego-portugueses, aragoneses y catalanes. Un paladín cuyo recuerdo no han borrado los siglos en los viejos reinos de León, Castilla, Aragón o Valencia. Una presencia aún palpable, viva en los caminos, las fuentes, los oteros, las villas, en todos los caminos, en fin, de sus interminables recorridos.

Es el Cid el personaje clave de la historia de su época. Una figura tan temida como envidiada por los poderosos, y arrolladoramente atractiva para los demás. Valiente luchador, hábil estratega, sagaz negociante, «sabio en derecho», esposo amante, tierno padre y feroz vengador, el Cid es el principal valedor del oprimido, el artífice de la hegemonía castellana y, en definitiva, el paladín de la cristiandad sobre el Islam.

Fuentes árabes y judías enaltecen su figura con mayor fuerza, si cabe, que las fuentes latinas. Y su vivencia histórica es tan patente que el gran poema de la literatura universal que es el *Cantar de Mío Cid* no supera con la fantasía literaria del poeta, la realidad histórica de su personaje central.

Éste es el Cid, el de la «barba florida», «el que en buena hora nació».

DISTRIBUCIÓN DEL CANTAR.

La primera versión del poema, que comprende el *Cantar del Destierro* y esboza los siguientes, se atribuye a un juglar de la región de San Esteban de Gormaz que se ocultó en el anonimato.

Para don Ramón Menéndez Pidal, el más autorizado investigador de temas cidianos, se considera fechada hacia el año 1110.

El poema completo, con la edición de los otros dos *Cantares* (*De las Bodas* y *De la Afrenta*) debió aparecer hacia 1140. Su autor principal es, posiblemente, otro juglar anónimo del valle del Arbujuelo en la región de Medinaceli, por la gran perfección con que se describen estos paisajes.

Posiblemente el responsable de la forma definitiva del *Cantar*, o por lo menos quien narra con tanto acierto itinerarios y estrategias militares, debió de ser algún versado y avezado en combates y escenas de batallas, conocedor

de los itinerarios de las legiones romanas, que muy bien pudo ser algún guerrero templario del escondido Castillejo de Montejo, precisamente en sus alrededores es donde se puede localizar con mayor exactitud la geografía ideal de uno de los episodios más simbólicos y absolutamente legendarios del *Cantar*: *La Afrenta de Corpes*.

El manuscrito que ha llegado hasta nosotros se debe a Per Abbat, que lo copió, posiblemente, hacia el año 1307 de nuestra era.

La copia del *Cantar de Mio Cid* que manejamos actualmente fue descubierta por el erudito Eugenio Llaguno en 1778, en el Monasterio de Santa Clara, en el mismo pueblo de Vivar. Un año después lo editó el bibliotecario de la Biblioteca Real, Tomás Antonio Sánchez. Gracias a esta publicación la figura del Cid aparece definitivamente en la literatura universal, anticipándose en cuarenta años a las ediciones del *Sigfrido* de los Nibelungos y en sesenta a la *Chanson de Roland*.

El poema consta de 3.731 versos, distribuidos en tres cantares:

El *Cantar del Destierro*

Que narra las envidias cortesananas contra el Cid en la corte de Alfonso VI.

La despedida del Cid de Vivar y de doña Jimena y de sus hijas en Cardena. La salida de Castilla y sus primeras batallas en tierras de moros hasta derrotar al Conde de Barcelona en las proximidades de Morella (formidable fortaleza natural que sólo pudo conquistar el Cid al segundo intento), donde se celebrará una de las sesiones de estas IV Jornadas.

El *Cantar de las Bodas de las Hijas del Cid*

Que comprende la llegada al Mediterráneo, la conquista de Valencia, el comienzo de la reconciliación del Cid con su rey y las bodas de sus hijas con los Infantes de Carrión.

Donde se citan lugares como Castejón (actual «Castellón»), Almenara, Murviedro (actual «Sagunto»), Podium (actual Puig) y Valencia del Cid (la actual Valencia), de la que el Cid fue su primer conquistador.

El *Cantar de la Afrenta de Corpes*

Los infantes se sienten avergonzados por su falta de valor entre las gentes del Cid y regresan a Carrión con sus esposas. Para deshonar al Cid, humillan a sus hijas al llegar a Castilla. El Cid ejecuta terrible venganza, humillando, a su vez, el honor de los infantes y dejándoles malheridos, tras su derrota en un terrible duelo, a orillas del Carrión. Y sus hijas vuelven a casarse, esta vez, con los infantes de Navarra y Aragón.

MORELLA LA VELLA

«El Maestrazgo es una comarca aislada, en realidad, independiente de Valencia y de Aragón, es como una plataforma alta, erizada de montes como conos truncados, verdaderos castillos naturales, limitada por los antiguos reinos de Cataluña, Aragón y Valencia y extendida hasta el Mediterráneo.

El Maestrazgo es un país seco, árido, frío; pero, sin embargo, tiene recursos para su población.

Es un país de guerrilleros...»

Así definía magistralmente Don Pío Baroja este territorio que prácticamente domina Morella, como plaza principal y casi inexpugnable del Maestrazgo. Y así lo han entendido los jefes militares de todos los tiempos, que supieron establecer sus cuarteles generales en estas formidables fortalezas naturales, bien reforzadas por la experta mano de los señores de la guerra, en los puntos más estratégicos de una zona inaccesible a los grandes ejércitos.

Como puede comprobarse en la *Lucha de los arqueros*, en la *Cueva del Cid*, junto a las ruinas romanas y el poblado ibérico de Morella la Vella. Unas magníficas pinturas rupestres del paleolítico que, todavía hoy, muestran, con un realismo fantástico, una lucha de arqueros prehistóricos que se mantiene en toda su crudeza desde hace miles de años. Aquí se resistió a la invasión romana hasta que, tras un siglo de lucha continua, se transformó todo en «hispanorromano». Tras la invasión árabe, sólo los más aguerridos guerreros osaron internarse por la comarca hasta dominar la población autóctona. Una tierra que en el pasado siglo se convirtió en el infranqueable «reino» de los carlistas. Precisamente al más feroz de sus jefes, que había sentado sus reales en Cantavieja, el General Cabrera, se le conocía como «El Tigre del Maestrazgo». Éste fue el escenario que las aguerridas mesnadas del Cid supieron arrebatarse a la hegemonía catalana para anticiparse en más de un siglo a la conquista del reino de Valencia.

Un poco más al norte, en la auténtica selva montañesa de los pinares de Tévar, junto al río Tastavins, el Cid derrotó definitivamente al Conde de Barcelona, Berenguer Ramón, el fratricida. Fue un alarde de estrategia cidiana haciendo evolucionar su caballería ligera contra la poderosa y demasiado bien pertrechada caballería «pesada» de los catalanes (los mismos que luego se le unirían en la conquista de Sagunto y en las diferentes «cruzadas» para defender Valencia, España y, en definitiva, Europa de la invasión de los almorávides).

Allí fue donde ganó el Cid una de sus dos famosas espadas, la *Colada*, la espada del conde fratricida, valorada en más de mil marcos.

Claro que la gran fortaleza del Cid no fue Morella, como algunos pretenden, sino el «Olocau del Rey» actual. El pueblo mencionado como Alucat en el poema, que inicia así la II Parte, la del *Cantar de las Bodas de las Hijas del Cid*, al narrar el «Cerco y Conquista de Valencia»:

«Aquí comienza la gesta de nuestro Cid de Vivar.
Nuestro Cid se ha establecido en el puerto de Alucat.»
(Versos: 1085-1086)

Allí permanece fiel la presencia del Campeador en el nido de águilas del Castillo del Cid y su memoria en la tradición oral de sus gentes y en algún que otro león rampante en fachadas y blasones.

Por su parte, Morella continúa en todo su esplendor como un auténtico mosaico de culturas superpuestas. Por ella pasaron desde los iberos, celtas, griegos, cartagineses, romanos y árabes..., hasta las mesnadas del Cid, las huestes de Jaime I o las partidas carlistas del general Cabrera. Y todos han dejado su recuerdo en la ciudad que se yergue a más de mil metros de altura, sobre la cueva de la Garumba. Allí se alza el soberbio castillo árabe, que junto con sus sólidas murallas de más de 2.500 metros, convirtió a Morella en un lugar prácticamente inexpugnable a través de los siglos: en las guerras entre moros y cristianos, como plaza fuerte del general carlista Cabrera y un importante reducto nacional en la pasada guerra civil. El mismo Cid no pudo conquistarla en su primer intento en el 1082, en su ataque por el norte desde el Pinar de Tévar. Tales son las inexpugnables paredes de roca que la defienden. Sólo lo lograría, en agosto del 1084, según Madoz, atacando desde poniente, después de la conquista de Valencia.

Morella está defendida por más de 1.400 metros de murallas medievales de gran altura y espesor. De sus 14 torres y puertas destacan, sobre todo, las de San Mateo y San Miguel, flanqueada ésta por dos torres gemelas de planta octogonal. En el interior se mantiene el mejor conjunto de mansiones góticas de Castellón, como la casa de Benganum, la casa del cardenal Ram, hoy confortable residencia, la casa del Consell, la casa dels Ciurana, donde llegó a alojarse el Papa Luna, etc.

Entre las iglesias está el mejor edificio gótico de la Comunidad Valenciana, Santa María la Mayor, con un gigantesco órgano, la singularidad de su escalera al coro y bellas pinturas de Ribalta. La iglesia gótica de San Nicolás es la más antigua. Y no conviene dejar de visitar el bellísimo claustro del Real Convento de San Francisco, del siglo XIII, y su Museo Etnológico de Morella y el Maestrazgo.

Así pues, como diría Don Benito Pérez Galdós: «Prepárese usted... a ver milagros y hazañas, casos inauditos de santidad o sortilegio, brujas, duendes, apariciones, subterráneos que empiezan en un castillo y terminan en un monasterio a siete leguas de distancia...».

CASTELLÓN DE LA PLANA... Y DE LA MONTAÑA

«Donde está la mar salada, hacia allá váse a luchar.
 Por oriente sale el sol, ya hacia aquella parte va.
 El Cid a Jérica y Onda y Almenara fue a ganar,
 y las tierras de Burriana conquistadas quedan ya.»
 (Vs. 1090-1093)

El mar es ahora la obsesión del Cid. El mar y las fértiles tierras de la huerta levantina. Y hacia allá encamina sus mesnadas por las enojosas escabrosidades del Maestrazgo y la sierra de Gúdar. Para defender sus movimientos, el Cid fortifica y guarnece los puntos claves que cierran los accesos naturales y ocupa los viejos castros inexpugnables a cualquier sorpresa enemiga.

Su paso ha quedado en la etnología y tradiciones locales y, por supuesto, en la toponimia de lugares como: el Castillo del Cid, la Iglesiasuela del Cid, la Peña del Cid, la Cueva del Cid, Villafranca del Cid, Lucena del Cid, la Montaña del Cid, Almonacid, la Fuente del Cid, etc., en general, haciendo siempre referencia a todo lo que es noble, majestuoso y superior a lo demás.

Dominados los accesos entre Aragón y Levante, el Cid, sin dejar de vivaquear y mantener así a su ejército por las más ricas comarcas, penetra por el paso natural de la rambla del río Bergantes, conquistando Jérica y quebrantando fortalezas tan sólidas como la de «las trescientas torres» de Onda.

«Myo Cid ganó a Xérica e a Onda e Almenar.»
 (V. 1092)

Y desde allí por la rambla del Mijares, dejando atrás la dura Sierra de Espadán, el de Vivar alcanza la «mar salada».

«Tierras de Borriana todas conquistas las ha.»
 (V. 1093)

Y en Burriana alcanza el mar. Al fin, la hueste que le acompaña desde el «polvo, sudor y hierro» de la meseta, moja sus plantas en el agua del Mediterráneo.

Bajando la sierra del Desierto de Las Palmas se encuentran las ruinas de un viejo castillo que fortificaba el Cerro de la Magdalena. Es la pequeña fortaleza o Castejón de la que deriva el actual nombre de Castellón. Y, ciertamente, quien fortificara y dominara este cerro era el verdadero dueño de «La Plana». Así que algunos opinan, con cierto humor, que una de las regiones más montuosas de España además de «La Plana» debería llamarse también «De la Montaña».

Una cuestión que resolvió Jaime I autorizando a trasladarse a sus habitantes a la riquísima zona de huertas de La Plana. Una auténtica peregrinación que se recuerda hoy con la romería llamada de las «gaiatas».

El traslado de la población en 1252 se conmemora el tercer domingo de Cuaresma, con las famosas «gaiatas» o faroles que recuerdan las vicisitudes nocturnas de la «mudanza».

La ciudad medieval se desborda en el s. XVIII y surge la actual, entre los secanos convertidos en huertas del interior, donde los huertanos ricos levantan sus «masets» y los mejores naranjos que riega la Acequia Mayor del Mijares hacia el mar. Hoy la ciudad casi llega al Grao, a unos cuatro kilómetros, el puerto de importancia internacional rodeado por una zona de arrozales que aprovechan las aguas de la Albufera.

La Plaza Mayor reúne un buen conjunto del Castellón monumental. La Catedral de Santa María, un gótico valenciano reconstruido tras la última guerra civil. El Ayuntamiento porticado y barroco. El símbolo de la ciudad, «El Fadri», un gallardo campanario, exento, de unos sesenta metros de altura, que es como un hermano menor del célebre Miguelete valenciano.

Todos ellos contienen un buen tesoro de obras de arte, culminando en el Museo del Palacio de la Diputación que, iniciado con los fondos de la «desamortizada» cartuja de Vall de Christ, contiene en la actualidad obras de Ribalta, el Españaoleto, Julio Romero de Torres, Sorolla, etc., y un buen conjunto de la escuela valenciana.

Mención aparte merece el singular depósito de diez cuadros de Zurbarán dedicados a fundadores de órdenes religiosas, custodiados en el convento de las Agustinas.

SAGUNTO, MURVIEDRO Y, FINALMENTE, SAGUNTO

«Ayudól el Criador, el Señor que es en çielo.
El con todo esto priso a Murviedro.»

(Vs. 1094-95)

El Cid, después de tomar el castillo árabe de Almenara y de fortificar las alturas con atalayas, conquista Murviedro, el actual Sagunto, y se afianza en sus sólidas murallas.

Los de Valencia le cercan y el de Vivar pide refuerzos a sus gentes de Xérica, Olocau, Onda, Almenara y Burriana. La batalla será dura porque:

«Dentro de Valençia, non es poco el miedo.»

(V. 1097)

El propio Cid reconoce la razón que asiste a los moros valencianos para cercarle y combatirle.

«En sus tierras somos e fémosles tod mal,
bevemos so vino e comemos el so pan.»

(Vs. 1103-04)

El Cid, sin embargo, arremete contra los sitiadores y arrasa su campamento demoliéndolo todo. A su vez, Alvar Fáñez, con cien lanzas, ataca por el lado opuesto y desbarata a los que tratan de organizarse. Los moros huyen a uña de caballo, perseguidos hasta las mismas puertas de Valencia. El campo queda en poder de los cristianos, que conquistan el puesto clave de Cebolla, el actual Puig.

Otro de los hitos más importantes del camino cidiano, el Monasterio del Puig, la «Cebolla» del Cantar, vulgarización del árabe «Jubayla» (el montecito), posteriormente latinizado con el nombre de «Podium» (montículo) que daría lugar al actual Puig.

El Cid conquistó el castillo, del que aún quedan las ruinas en la colina, «el Puig», que está junto al célebre monasterio, el cenobio mercedario, hoy auténtico relicario de historia y arte.

La costa valenciana se divide en tres partes bien diferenciadas: La Ribera Baja, en el sur; la Llanura del Turia, en el centro, la Huerta propiamente dicha y, en el norte, el Campo de Sagunto. Una encrucijada histórica, de extraordinaria importancia, entre los vergeles de naranjos que riega el Palencia y el mar.

De su ambicionada posición estratégica son buena prueba los diferentes restos de civilización que se han sucedido allí a lo largo de miles de años, desde la Edad del Bronce, en el «Pic dels Corbs», al primitivo enclave ibérico de su formidable castillo, una soberbia fortaleza de más de un kilómetro de extensión, sobre el cerro que domina toda la huerta y el mar, desde la que se regulaba el tráfico de griegos y fenicios. Aliada de Roma, el cartaginés Aníbal la arrasó completamente el 219 a.C., tras ocho meses de durísimo asedio, dejando tan sólo en pie los ciclópeos muros del templo de Diana que aún pueden verse al pie del castillo.

Cinco años después fue reconquistada y restaurada más tarde por los Escipiones, luciendo en la actualidad uno de los ejemplos más notables de teatros romanos en el mundo. El primer monumento nacional, reconocido como tal, en España en 1896. Excavado, para dibujar su graderío en roca caliza, la oquedad de la colina que domina el castillo ofrece unas condiciones acústicas formidables, famosas ya desde la antigüedad. Hoy se mantiene perfectamente, por lo que el viajero podrá hacer la prueba situándose en lo más alto del graderío (a unos 80 m. sobre el nivel del mar) para escuchar cualquiera de las conversaciones, en voz baja, que se produzcan en la «orquestra» o en la «escena».

Junto a él está el Museo Arqueológico, imprescindible para conocer la grandeza saguntina.

Los árabes de Muza volvieron a arrasar Sagunto y los de Tarik a reedificarlo. De ellos aún quedan restos en los aljibes del castillo y en el solar de la antigua mezquita que hoy ocupa el gótico ojival levantino de la iglesia de Santa María, levantada por Jaime el Conquistador igual que la románica de El Salvador.

El Cid lo conquistó en el s. XI (en 1098) y durante la Edad Media fue un ejemplo de convivencia entre judíos, moros y cristianos.

Pedro IV el Ceremonioso fue obligado a concederle una «carta de privilegios» que rompió con su puñal al volver a Zaragoza. Desde entonces, los saguntinos le conocen con el sobrenombre de «Pere el del punyalet».

La belleza de las calles estrechas y empinadas de la completísima judería se mantuvo pese a las continuas guerras de Germanías, Sucesión y de la Independencia. Recordemos la anécdota del mariscal Fuchet, fusilando al célebre guerrillero saguntino José Romeu y Parras, al negarse a aceptar el indulto con tal de no reconocer al rey José.

En 1868 recupera la villa el primitivo nombre de Sagunto, cambiado por los árabes en Morbyter y evolucionado después por los cristianos en Muri-Veteres, hasta denominarse Murviedro durante siglos. Y, al fin, el noble título de «ciudad» ganado al ser los saguntinos los primeros en reconocer al rey Alfonso XII tras la Restauración que surgió con el pronunciamiento del general Martínez Campos.

VALENCIA DEL CID

Valencia del Cid o «Balansiya Ibn Said» llamaban también los árabes del s. XII a la ciudad del Turia.

Después de conquistar Sagunto, la huerta es del Cid y el pánico se apodera de los moros de Valencia. Las algaradas cristianas se suceden para aterrorizar al enemigo. El castillo de Cullera sucumbe a su paso y con él la huerta y el codiciado río Júcar.

«Tajávale las huertas e faziales grand mal.»

(V. 1172)

Infatigables, los cristianos lo arrasan todo. Játiva tampoco se les resiste. Poco a poco Valencia va quedando cercada y sometida al hambre.

«De ninguna part que sea non les vené pan.»

(V. 1175)

Y, desde las montañas, los castellanos vuelven otra vez al mar, quebrantando duramente las tierras de moros hasta la lejana fortaleza de Denia.

Tres años le lleva al Cid dominar por completo el mar y las sierras, pero, al fin, está dispuesto para el ataque final. Los moros hambrientos, que han llegado a comerse el cadáver de algún cristiano caído en el foso, ya no pueden más. Por eso, cuando los de Valencia saben que el Campeador ha tomado las alturas de la sierra y fortifica Peña Cadiella (Benicadell), comprenden que el

fin está próximo. Piden ayuda a Marruecos y a otros sultanes amigos, pero ninguno llegará a tiempo de salvarlos.

«Quien quiera dejar cuidados y enriquecer su caudal,
que se venga con el Cid, si gusta de cabalgar.»
(Vs. 1189-1190)

A su vez, el Cid reúne junto al canal de Cella refuerzos de Aragón, Castilla y Navarra que acuden «al sabor de la ganancia» (v. 1198). Y con toda la hueste, tan considerablemente acrecentada, Valencia se le rinde en el plazo de diez meses.

«Y cuando el décimo vino se la tuvieron que dar.»
(V. 1210)

Al fin la enseña del Campeador ondea en el alcázar valenciano. Pero poco iba a descansar el Cid en su nuevo reino. El rey moro de Sevilla, posiblemente emir almorávide, acudió ante Valencia con treinta mil feroces guerreros.

«Allí cerca de las huertas tuvieron los dos batalla.
Desbartólos el Cid, el de la crecida barba;
hasta allá, dentro de Játiva, la acometida alcanzaba.
Al pasar el río Júcar ved qué reñida batalla,
y los moros acosados sin querer beben el agua.»
(Vs. 1225-1229)

Con esta gran victoria gana el Campeador a *Babieca*, su espléndido caballo.

El Cid y sus hombres ya son ricos. Y del botín se prepara otro gran presente para el rey Alfonso. Es el momento en que se incorpora a las gentes cristianas una figura singular, un clérigo afamado, procedente de Périgord, llamado don Jerónimo, y el Cid funda el primer obispado de Valencia.

«¡Dios, qué alegre era tod cristianismo,
que en tierras de Valençia, señor avie obispo!.»
(Vs. 1305-06)

EL SEÑOR DE VALENCIA

«Ya las tierras de Valencia quedando todas en paz,
marchóse para Castilla Alvar Fáñez, el leal.»
(Vs. 1308-09)

Y de nuevo Minaya partirá para solicitar el perdón real. Esta vez el presente será aún mayor, cien caballos completamente equipados.

Y allí habló Minaya a su señor, en Carrión, y tan elocuentes fueron los hechos de armas, que el perdón real alcanza a la familia del Cid y a todos quienes se unieron en su empresa. No en vano ahora, con todas sus conquistas, Rodrigo Díaz de Vivar «de Valencia es señor» (v. 1331).

¡Qué alegría hubo en San Pedro de Cardeña con las buenas noticias de Minaya! Una comitiva gloriosa se prepara para recorrer las tierras de Castilla, y Doña Jimena irá escoltada como una reina hasta Valencia, en compañía de sus hijas y sus damas. Hasta Medinaceli serán agasajadas por el rey. Después, de Medina a Valencia será el regalo de Abengalbón y de los demás aliados del Cid.

«Por amor del rey Alfonso, que de la tierra me ha echado,
no entrará en ella tijera ni un pelo será cortado.»

(Vs. 1240-41)

El Cid, el de la «barba vellida», aguarda ansioso en Valencia la llegada de la comitiva. El obispo Jerónimo se adelanta y forma una procesión para recibirla. El Cid cabalga a *Babieca* y sale a su encuentro para entrar juntos en su ciudad.

Y desde su alcázar les muestra su heredad:

«Miran Valençia cónmo yaze la çibdad.
E del otra parte a ojo han el mar,
miran la huerta, espessa es e grand.»

(Vs. 1613-15)

Están juntos y han triunfado de envidias y de intrigas. De la ruina sacaron la abundancia, y aún son más ricos en la amistad de sus gentes, en la lealtad.

Pero apenas se han instalado Doña Jimena y sus hijas en Valencia cuando Yuçuf, el rey moro de Marruecos, trata de recobrarla organizando un poderoso ejército al frente de su sobrino Mohammad.

A finales de agosto del 1094, apenas dos meses de la rendición, numerosas tropas andaluzas se acercaron a Murcia. El 13 de septiembre, que aquel año era la víspera del Ramadán, una flota africana desembarca una considerable fuerza expedicionaria que acampa a una legua al oeste de Valencia. Son más de 50.000 guerreros almorávides que llegan a aterrar a los cristianos.

Sólo el Cid permanece sereno y comunica a los suyos los buenos agüeros que anuncian el favorable futuro. Pero los moros de Valencia no le creen y prefieren ayudar a sus sitiadores. «Los sables de los almorávides desmentirán los presagios que les dan sus aves».

Y al final del Ramadán, con la luna nueva del 14 de octubre, saharianos, magrebíes y andaluces, con alaridos ensordecedores, atacan asaeteando las murallas.

Las agresiones duran diez días, hasta que entre los moros empieza a cundir el desaliento, pues la figura legendaria del Cid se agiganta cada vez más. Rodrigo, al saberlo, decide atacar sin esperar los refuerzos de Aragón y de Castilla, que están próximos a llegar.

«¡En el nombre del Creador e d'apóstol sancti Yagüe!»

invoca el Cid, y en la noche del 25 de octubre sale sigilosamente por la puerta del Quart con 4.000 de sus caballeros, y, de nuevo, la astucia del Campeador prepara una eficaz celada. Alvar Fáñez Minaya, con un buen puñado de jinetes, se esconderá, mientras el Cid presenta batalla. En un momento dado Rodrigo retrocede y el ejército almorávide sale en su persecución. Es la oportunidad que esperaba el bravo Minaya para acometer con sus hombres el campamento casi abandonado y la retaguardia enemiga.

El caos es total y los moros, aterrorizados, huyen a la desbandada. El propio Mohammad logra huir a duras penas, perseguido de cerca hasta Cullera. Más tarde, con los restos de su maltratado ejército, se fortificará en la plaza fuerte de Játiva. Por el momento la derrota es fulminante, hasta el punto que los cronistas árabes y los cristianos reconocen la gran habilidad del Cid para ganar la batalla con tanta rapidez como pocas bajas.

Rodrigo dedica esta victoria a sus damas. Esta vez el botín es tan cuantioso que todos sus hombres se enriquecen, y también las dueñas, a las que dota generosamente y promete casar con sus capitanes.

«Alegre es doña Ximena e sus fixas amas,
e todas las otras dueñas ques tienen por casadas.»
(Vs. 1801-02)

¡HOY, LOS REYES DE ESPAÑA, SUS PARIENTES SON!

Pero Valencia es una presa demasiado codiciada y los de Marruecos vuelven a sitiarla, esta vez al mando del rey Búcar.

«¡Oh, Valencia, oh, Valencia, de mal fuego seas quemada!
... Si la lanza no me miente, a moros serás tornada,
aquel perro de aquel Cid, prendérello por la barba...»
(*Romance de El Rey moro que perdió a Valencia*,
Anónimo del s. xv)

Los combates, descritos con magistral realismo en el *Cantar*, son terribles. Alvar Fáñez vuelve con el escudo abollado, y la sangre de los moros que ha derribado, resbalándole por el codo. El mismo Cid sostiene un duelo mortal con el rey Búcar, al que destroza el yelmo con su *Colada* y, de un tajo, le parte en dos hasta la cintura.

Allí fue donde ganó el Cid su otra espada real, la célebre *Tizona*, valorada en mil marcos de oro.

En adelante el *Cantar* se vuelve más legendario y poético y narra la única aventura no sucedida en realidad, pero muy significativa, más bien simbólica, del mundo medieval. Un recurso literario que emocionó y sigue emocionando a los oyentes y lectores de todas las épocas. La boda y la afrenta de las hijas del Cid por sus esposos los Infantes de Carrión, la primera nobleza del reino. Y, por supuesto, la terrible venganza del Cid y sus adalides a tan infame villanía. Un gran duelo que presidirá el mismo rey y que terminará con la muerte de los señores de Carrión.

Y, de nuevo, volvemos a la parte histórica para concluir esta visión de la historia militar de la Comunidad Valenciana desde los magníficos versos del poema del Cid. Con el permiso del rey, las hijas del Cid celebrarían nuevas y más brillantes bodas aún. Doña Elvira casaría con el Infante de Navarra y doña Sol celebraría su boda con el Infante de Aragón, don Ramiro.

Ésta fue la mejor recompensa para el esforzado Campeador: la felicidad de sus hijas, la amistad del rey Alfonso, la cumplida satisfacción de su honra y el saber que:

«Oy los reyes de España sos parientes son.»

(V. 3724)

Mío Cid, señor de Valencia, dejó esta vida en la Pascua de Pentecostés (10 de julio de 1099).

¡Que Cristo le perdone y lo mismo haga con todos nosotros, tanto jueces como pecadores!

«Estas son las nuevas del Mío Cid el Campeador,
en este lugar se acaba esta razón.»

(Vs. 3730-31)

Acompañada de sus fieles y deudos, Doña Jimena aún resistió más de dos años en Valencia. Pero Yusuf no cejaba de acosarles y en agosto de 1101 envió a su mejor general, Mazdalí, con un ejército poderosísimo que sitió la ciudad. La viuda del Cid envió al obispo Jerónimo en busca de Alfonso VI. Y el rey castellano, deseoso de conservar la codiciada presa de Valencia, acudió en ayuda de su prima Doña Jimena en marzo de 1102.

Mazdalí levantó el cerco y se refugió en Cullera. Moros y cristianos se enfrentaron durante todo el mes de abril, hasta que el rey de Castilla comprendió la inutilidad de su esfuerzo. Sólo el Cid pudo conseguir frenar a los almorávides enviados por el sultán de Marruecos.

Muerto su mejor vasallo, ninguno de sus capitanes quiso ni pudo hacerse cargo de la codiciada ciudad. Al fin, del 1 al 4 de mayo de 1102, los cristianos abandonan Valencia y se dirigen a Toledo con las riquezas de Al-Káder y todas las ganancias de la conquista, y con ellos va su más preciado tesoro, el cadáver embalsamado del Cid.

La última aparición de la figura del Cid que, mientras el rey Alfonso arrasaba Valencia, aún ganaba su última batalla después de muerto, según cuenta la leyenda y nos recuerda el Romancero:

«El cuerpo así como estaba
le ponen sobre Babieca
y al caballo, lo ataban.
Derecho está y muy igual,
estar vivo semejaba...»

(Vs. 32 a 35)

Y a los «siete reyes moros» les pareció que se enfrentaban con un enemigo sobrenatural.

«Todos blancos como nieve
y uno que les asombraba.
Más crecido que ninguno
en blanco caballo andaba.
Cruz colorada en el pecho
en su mano señal blanca;
la espada semeja a fuego,
con que a los moros llegaba;
gran mortandad hace en ellos.
Fuyendo van, que no aguardan.»

(*Romancero del Cid*,
n.º CLXXXIV, vs. 98 a 107)

Y, así, como justo colofón a tan largo recorrido, el viajero puede hacer suyos aquellos versos que, acertadamente, solían añadir los juglares después de recitar el emocionante poema:

«El romanz es leído,
datnos del vino;
si non tenedes dineros,
echas allá unos peños,
que bien vos lo darán sobr'elos.»

ARMAS Y ELEMENTOS OFENSIVOS CITADOS EN EL POEMA

Armas defensivas

Escudo	Era una tabla de 1,20 x 0,62 m. forrada con cuero de caballo. Se llevaba colgado al cuello y se embrazaba contra el carzón. En el centro se colocaba una bloca o adorno metálico de punta aguda. A veces era de oro o de plata. Los árabes usaban escudos más pequeños, llamados adargas, fabricados con capas de cuero muy tensadas y engomadas.
Loriga	Túnica tejida con mallas férreas. A veces era hecha de cuero con escamas o anillos.
Bélmez	Túnica acolchada que salía por el borde inferior de la loriga.
Almófar	Capucha de mallas. Cubría la cabeza y la barba hasta media nariz.
Cofia	<i>Gorra de lienzo acolchado que se colocaba directamente sobre el pelo para proteger la cabeza.</i>
Yelmo	Pieza más o menos cilíndrica de hierro que resguardaba la cabeza y el rostro. Se colocaba encima del almófar atado a las mallas con muchos lazos de cuero o moncluras. Los moros los adornaban con carbonclas o piedras preciosas. Sus partes eran: el morrión, la visera y la babera. En la parte superior llevaban unos airones de plumas. Un nasal en su parte anterior, accionado por una barra descendente para proteger la nariz.
Calzas	Eran de paño y cubrían de arriba a bajo las piernas del caballero.
Huesas	Botas fuertes y altas sobre las anteriores.
Sillas coceras	Eran las que usaban normalmente los catalanes frente a las sillas gallegas propias de los castellanos.
Palafrén	Además del caballo de batalla o de armas, entero y de gran talla, y del empleado para la carga, existía el caballo de camino y de lujo, de majestuoso y cómodo paso, llamado palafrén.
Espuela o espolón	Sin rodela o rodaje, sólo con un pincho, recibía el nombre de «acicate». A este tipo de espuela se le da en el poema el calificativo de «aguda».
Atambores	Instrumento musical de cuerdas. Su ruido espantaba a los soldados. Los usaron, sobre todo, los moros para hacer huir a los cristianos. Daba la sensación de existir más tropa de la que en realidad participaba en el combate.

Sillas jinetas	Muy usadas por los moros. Se diferenciaban de la de los cristianos en que tenían altos borrenes y estribos cortos.
Arzón	Fuste delantero o trasero de la silla de montar.

Armas ofensivas

Lanza	Astil de fresno en cuya extremidad estaba fijo un hierro puntiagudo y cortante («fierro tajador, punzador»).
Espada	Arma blanca, larga y de unos 50 a 75 mm. de anchura. Era siempre tajadora, de dos filos y un canal en su eje, desde cerca de la punta hasta la misma espiga, por donde destilaba la sangre. Otras de sus partes son: la empuñadura, la macana o pomo y el arriaz o gavilán. Entre los guerreros era el despojo del vencido más codiciado por el vencedor.

Armas arrojadizas

Saetas	De asta delgada y ligera, con punta afilada de hierro.
Dardos	Semejante a una lanza pequeña y delgada que se tiraba con la mano.
Azconas	Arma arrojadiza, como dardo, usada desde muy antiguo.
Venablo	Dardo o lanza corta.

Armas de fuste

Eran de madera y sólo se empleaban para festejar alguna fecha o acontecimiento importante. Con ellas se organizaban verdaderos juegos y exhibiciones militares. El atuendo restante, en estas ocasiones, lo constituían: el escudo, la lanza y el traje ordinario, con el brial hendido por delante y por detrás.

«Mío Cid salió sobré, e armas de fuste tomava.»

(V. 1586)